

**D**OS nuevos hechos vienen a sumarse al acoso contra el Presidente Nixon por el caso del Watergate. Uno se refiere a los dieciocho minutos y medio borrados en una de las cintas magnetofónicas que recogían las conversaciones de Nixon en la Casa Blanca: los expertos han demostrado que no se trata de un accidente casual, sino de un acto intencionado. El otro, a las «cassettes» personales del Presidente, entregadas por éste a los investigadores: hay en ellas numerosos blancos difíciles de explicar. No parece que constituyan pruebas muy determinantes, pero sí configuran más la cuestión y se suman a las sospechas.

**1. LA CONVERSACION CON BOB HALDEMAN.**—En el momento en que estalló el escándalo del Watergate y se supo públicamente que el cuartel general de los demócratas había sido espionado, Nixon mantuvo una conversación con su ayudante principal, H. R. (Bob) Haldeman (más tarde despedido al considerarse cómplice del espionaje). Esta conversación fue registrada en cinta magnética, como todas las mantenidas en la Casa Blanca. Pero cuando, tras numerosas presiones, la cinta fue entregada a los investigadores, éstos encontraron un vacío de dieciocho minutos y medio. La secretaria de Nixon, Rose Mary Woods, aceptó ser la culpable de que por error (al sostener el pie sobre un pedal del magnetofono) podría haber borrado hasta seis minutos, pero no más. Se ha dicho que Nixon pidió a miss Woods que se hiciera cargo del tiempo total desaparecido y que ésta no ha aceptado; se ha dicho también que en ese momento ninguno de los magnetofonos de la Casa Blanca se accionaban por pedales, y que se compró uno el 1 de octubre para justificar el accidente. La realidad de estos hechos ha dejado de interesar: los laboratorios electrónicos que han investigado la cinta certifican que la cinta ha sido borrada por una actuación manual (y no por pedal) y no sólo una vez, sino que pasó entre cinco y nueve veces por el aparato para que la conversación fuese destruida; que se grabaron encima otras conversaciones y que fueron igualmente borradas. Su testimonio indica que ha sido un acto voluntario y deliberado. Naturalmente, no pueden decir si ha sido por orden del Presidente.



## EL CASO WATERGATE

# LOS APUROS DE NIXON

**2. LAS «CASSETTES» TRUCADAS.**—Se puede recordar que cuando la Casa Blanca entregó a los investigadores las cintas requeridas, dos de las que recogían conversaciones consideradas como comprometedoras faltaban enteramente. La explicación que se dio fue que las conversaciones no habían sido grabadas por problemas técnicos. Ante las dudas y sospechas que esto produjo, el Presidente Nixon se ofreció a facilitar sus «cassettes» personales. En ellas dicta, para sí mismo, en forma de diario, resúmenes de sus conversaciones y de su trabajo de cada día. Las «cassettes» entregadas, por lo tanto, debían sustituir en parte a las cintas desaparecidas. Pero en el momento en que han sido escuchadas se ha advertido que hay largos lapsos de silencio. La explicación oficial es que Nixon no es un experto en el manejo de su magnetofón. Pero los silencios se refieren precisamente a las conversaciones mantenidas por el Presidente con Mitchell —entonces ministro de Justicia, despedido luego— y con su asesor jurídico John Dean (que más tarde cambió de bando y confesó algunos de los puntos del caso Watergate), la primera tres días después del escándalo, la segunda en marzo de 1973.

Estos dos descubrimientos han vuelto a colocar el tema en la máxima actualidad. La popularidad de Nixon ha vuelto a caer. Las exploraciones de la opinión pública mostraron en noviembre, que un 37 por 100 de la población aún apoyaba a Nixon; en diciembre había descendido al 32 por ciento, y en la realizada entre el 7 y el 10 de enero, se había reducido al 30. Hay que calcular que la próxima, tras la publicación de estos nuevos detalles, descienda aún más. La prensa está cada vez más en contra. El «Post», de

Nueva York, escribe en un editorial: «Este nuevo delito se suma a la cuenta de una acusación moral y legal que no tiene precedentes contra la conducta de la Presidencia. Representa una nueva traición a la confianza pública, de la que ya tanto se ha abusado, en integridad del Presidente Nixon».

En los dos grandes partidos, el tema es objeto de debates difíciles. Un gran número de republicanos desearían que Nixon dimitiese, tanto por evitar el deshonra que significaría ser descalificado por el *impeachment* del Congreso, como por la propia situación del partido: cuanto más tiempo medie entre este escándalo y las elecciones, mejor para el partido. Por eso las declaraciones más violentas contra Nixon proceden de senadores republicanos, que hablan de «frustración y decepción».

Los demócratas están divididos. Algunos creen que es mejor prolongar la situación y dejar que Nixon se mantenga hasta las elecciones, porque temen que el vicepresidente Ford, al ser ascendido a Presidente, consiga dar un nuevo rostro del partido republicano. La popularidad de Ford es creciente, y aunque éste anunció de antemano —cuando aún no había sido nombrado para la Vicepresidencia— que en ningún caso se presentaría a las elecciones de 1976, podría creerse que bien el gusto del poder recién disfrutado, bien las presiones del partido pudieran hacerle cambiar de idea. Los más jóvenes, los más radicales, prefieren en cambio que se actúe rápidamente. Robert Leggett, representante por California, es el portavoz de esta tendencia: «Tenemos pruebas contra mister Nixon aún más claras que las que el Departamento de Justicia tuvo contra mister Spiro Agnew»; se propone presentar

una resolución pidiendo el «*impeachment*» basada enteramente en actos «voluntariamente cometidos y confesados por mister Nixon», más que en las pruebas y los datos de la investigación. Las «confesiones» de Nixon serían su discurso del 22 de mayo de 1973 en el que dijo que había dado instrucciones a Haldeman y a Ehrlichman para que aseguraran que la investigación del caso Watergate no pusiera en peligro «las actividades de la unidad de investigación de la Casa Blanca», lo cual es considerado por Leggett como una obstrucción a la labor investigadora de la Justicia; y a la creación del «plan de seguridad nacional» de 1970 que autorizaba la violación de lugares privados para investigar. Con esta resolución ya son catorce las presentadas al Congreso para el «*impeachment*» de Nixon.

Por otra parte, el FBI ha recibido instrucciones para investigar por su cuenta cómo y por quién fueron borrados los dieciocho minutos y medio de las cintas magnéticas. La requisitoria ha sido hecha por el fiscal especial que entiende en el caso Watergate, Jaworski, al recibir el informe de los expertos en el que no se deja duda acerca de que este hecho es delictivo y deliberado. Los agentes del FBI han comenzado ya sus interrogatorios del personal de la Casa Blanca. No se excluye que el Presidente Nixon pueda recibir una requisitoria del fiscal para que declare; mientras, el juez Sirica no cesa de reclamar la reunión de un Gran Jurado, al margen de las otras investigaciones oficiales y de las del Congreso, que determine si en la conducta de Nixon, con respecto al espionaje del partido demócrata y en algunos otros de los asuntos de que es acusado, hay realmente indicios de delito.